

“RESISTIR HASTA QUE SE LIBERARA
LA UNIVERSIDAD”

Entrevista a Rodolfo Saragoni Huerta

Sonia Montecino Aguirre

RODOLFO SARAGONI HUERTA

Ingeniero Civil, Universidad de Chile, 1968. Ph.D. Universidad de California, Los Ángeles (1972). Profesor titular del Departamento de Ingeniería Civil, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile. Premio OEA “Manuel Noriega Morales” (1983) en Ciencias Aplicadas y Tecnología. Premio “Ramón Salas Edwards” (1997) del Instituto de Ingenieros de Chile. Premio de la Asociación Chilena de Sismología e Ingeniería Antisísmica, ACHISINA, a la Excelencia en Ingeniería Sísmica (2005). Ex presidente de la Asociación Iberoamericana de Ingeniería Sísmica, AIBIS. Miembro del Comité Científico del International Seismic Safety Centre - IAEA.

“RESISTIR HASTA QUE SE LIBERARA LA UNIVERSIDAD” Entrevista a Rodolfo Saragoni Huerta

Sonia Montecino: Cuando usted recibió el Premio Juvenal Hernández 2012, tocó en su discurso un período muy poco abordado y crucial para la historia reciente de nuestra Universidad.

Rodolfo Saragoni: Lo abordé porque la noticia de ese premio fue muy importante para mí y mi familia, don Juvenal Hernández era amigo de mi suegro, amigo de la casa. Mucha gente me llamó después porque se impresionaron con el discurso. Con mi presentador Norberto Galante –quien recibió el premio anterior– nos pusimos de acuerdo en los temas a tratar y acordamos que él mencionaría especialmente lo relacionado con la reconstrucción de ese período de la intervención militar de la Universidad, pues habíamos estado en esa gesta juntos. Por eso invitamos a Patricio Baso, quien nos honró con su presencia, pues no volvía a la Universidad desde hacía 15 años.

SM: *¿Se refiere a su participación en La Asociación de Académicos?*

RS: Sí, esa Asociación nació alrededor del año 1983, pero antes estuvo la Asociación Andrés Bello, en la que participaba Francisco Brugnoli. En ese período de la intervención fui Presidente de la Asociación de Académicos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, porque está dividida por capítulos, por facultades. Como nuestra facultad era más conservadora y muchas facultades fueron diezgadas durante este proceso, nosotros, porque éramos los que estábamos más completos, quedamos un poco al frente de la situación. Claudio Anguita –un decano nombrado por la intervención– era por sobre todo un académico, entonces tenía una lectura académica de lo que estaba pasando. Esta situación fue incluso vista más allá de nuestras fronteras. Recuerdo que en un número de la Revista *Vuelta*¹ de Octavio Paz había un artículo que se preguntaba ¿por qué los ingenieros están dando la pelea? ¿Por qué están peleando contra Pinochet si siempre los ingenieros en Chile han sido los más conservadores? Nuestra explicación es que en realidad, en términos relativos, a nosotros no nos había pasado nada comparado con otras facultades en las que habían desaparecidos; nosotros no teníamos desaparecidos, teníamos exonerados, pero no desaparecidos. Nosotros estábamos conscientes de eso. Cuando leímos el artículo yo le dije a las autoridades: “Lo que pasa es que todos dieron un paso atrás –pero no era la verdad– y nosotros quedamos adelante y por eso estamos dando la pelea”. Era curioso que una revista literaria como la de Octavio Paz, que no era precisamente una persona de izquierda, se hiciera esa pregunta.

1. La Revista *Vuelta*, dirigida por Octavio Paz, se fundó en 1976 y fue una de las más prestigiosas en América Latina por recoger las principales problemáticas culturales y políticas del período.

SM: *¿Cómo hacían para expresarse y reunirse?*

RS: Era difícil, pero hacíamos reuniones de académicos, recuerdo muy nítidamente algo que fue muy emocionante: Nicanor Parra, que es muy independiente, en una de estas peleas que estábamos dando, él apareció y se sentó simbólicamente, solidarizando. No dijo nada, se sentó y su presencia marcó un hito muy importante. Los académicos somos muy especiales y eso se vio durante ese período. Un ejemplo de ello sucedió una vez que los alumnos se habían tomado la Torre del Decanato de la Facultad. Eran como a las 8 de la noche cuando se tomaron el decanato. A las 9 y media, mi señora me avisa: “Patricio Baso te llamó, está rodeada la facultad, hay carabineros, zorrillos, helicópteros”. Pensé que era una exageración, pero partí a la facultad, y efectivamente estaba rodeada con vallas papales, todo acordonado el vecindario y lleno de zorrillos. Al mayor de bomberos –que era un carabinero que conocíamos cuando íbamos a sacar de la comisaría de Toesca a los alumnos– le dije “Oye, es que son 80 alumnos nada más y están cantando”. El los conocía pero me respondió: “Es que hay fuerzas especiales que no son de la comisaría y no siguen mis instrucciones”. Entonces entraron –y esta anécdota siempre la cuento como ejemplo de lo que es un académico–, eran las 11 o las 12 de la noche y Física tiene tres pisos, los carabineros iban reptando por el suelo con sus ametralladoras y de repente baja uno de los académicos, y de repente ve unas cosas moviéndose abajo y ¡ahí se dio cuenta que habían carabineros y que estaba rodeada la facultad! Había estado horas dentro y no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo. Eso es lo que muestra lo que es un académico...

SM: *¿Cómo funcionaba la Asociación?*

RS: Teníamos reuniones del capítulo de la facultad y también reuniones plenarias en la Corporación de Promoción Universitaria, en Miguel Claro. Había representantes de todas las facultades, hoy día casi la mayoría están jubilados como yo, muchos no nos conocíamos, nos fuimos conociendo ahí de manera transversal. Nosotros nos habíamos formado en el DTI, que dependía de Teresa Iriarte. El Departamento Técnico de Investigación (DTI) era uno de los pocos organismos transversales, históricamente se juntaban las distintas facultades, porque ya en el origen muchas existían antes que la Universidad, como Medicina. El Consejo Universitario ha heredado eso, cada decano llega a defender su facultad, y poco a poco se tendrá que dar una integración; por eso colaboré en la formación del Senado, para que hubiera una mirada más transversal y no llegara la gente solo a defender sus intereses. El DTI, en ese sentido, se reunía transversalmente. No existía el CONICYT, entonces era el único organismo que asignaba platas, se concursaba con proyectos igual que lo hizo después CONICYT, pero con otro monto de recursos. Debe haber partido por el año 70, el primer director del DTI fue Jaime Lavados. Hubo proyectos de medicina, de biología, y luego se incorporaron las humanidades. Ahí nos conocíamos los académicos de distintas facultades. Y eso mismo ocurrió con la Asociación de Académicos.

SM: *¿Cuáles eran las actividades de la Asociación?*

RS: Se evaluaba el estado de situación de las facultades, como yo era Presidente de Ingeniería, veíamos los problemas de cada departamento, se discutía en qué proporción

se daba la plata –porque siempre se daba más plata de la que había disponible–. Por su transversalidad, la Asociación siempre era amenazada y considerada medio sospechosa, sobre todo porque era el único lugar donde se podía juntar y articular. Había que hablar con los rectores delegados. Mucha gente que apoyó la intervención tenía también una mística, una visión de Universidad en su conjunto y cuando se creó la Asociación de Académicos algunos de ellos aparecieron. Mucho después, en la época de Federici se creó una Asociación de Profesores Titulares en las que participaron académicos de todas las posturas. En ese tiempo fue impresionante la presencia de don Ricardo Claro como profesor de Derecho, y ahora, en los últimos libros que acaban de aparecer, en *La danza de los cuervos*, aparece que era una de las personas que posiblemente financiaba la DINA... Lo menciono para ejemplificar esa transversalidad de la Universidad de Chile: hay de un extremo y del otro, conviven las diferencias. Pero en ese período todos estaban muy ordenados (risas).

SM: *De acuerdo a su experiencia, ¿cuál fue el impacto de la intervención militar en la Universidad?*

RS: Se produjo una desarticulación muy grande, sin embargo, en Ingeniería estábamos en una suerte de burbuja, por así decirlo, porque teníamos personas como Servet Martínez –que no lo dejaban volver al país, por dar un ejemplo– pero, había otros casos como el del Departamento de Estudios Humanísticos, donde estaba Enrique Linh, Nicanor Parra, todos de primer nivel y no partidarios del Golpe. Al principio, yo era coordinador docente de mi departamento de Ingeniería Civil, cuando ocurrió el Golpe, y la primera preocupación cuando volvimos era ver dónde estaban los profesores. El tema era que tú llamabas a las casas y como no sabían de dónde eras no decían nada. Nunca nos dijeron nada. Algunos estaban en embajadas, pero no muchos. Lo más impresionante fue que teníamos un profesor francés en esos momentos, que nos había costado mucho conseguir, era de Hidráulica Marítima y viajaba por el Servicio Militar. Se nos olvidó durante el Golpe que llegaba en esos días. Venía a hacernos clases y lo conocíamos solo de nombre y claro, él era medio hippie para vestirse, y después supimos que llegó y lo enviaron al Estadio Nacional. El embajador lo fue a salvar, pero después cuando lo ubicamos en realidad no quiso quedarse, no le podíamos garantizar nada.

Nosotros teníamos claro que la Universidad estaba muy desmantelada. Recuerdo cuando nos contaban cómo se habían llevado la Biblioteca del Pedagógico, sabíamos el valor que tenía y que nunca se supo más de sus libros; lo mismo pasó con Teatro y con Sociología. Por eso cuando yo volví al cargo, me preocupé de restaurar esas áreas, pues sabía que eran las que estaban más heridas. Por eso abrimos el teatro con Sergio Aguirre. Le pregunté: ¿cuánta plata necesitas? –quería montar cuatro obras cuando volvimos– y fui a hablar con el rector y conseguimos la plata para abrir el Antonio Varas; después construimos Sociología porque era la facultad que estaba peor; tratamos de reconstruir Artes Plásticas y Música, sobre todo el área plástica que había sido muy destruida. Costó mucho conseguir profesores, ahí desapareció gente, se fue restaurando de a poco, pero pienso que el tejido académico no lo hemos podido recuperar, había gente tan buena como Balmes, Gracia Barrios.

Algunos no entendían lo que había pasado en las humanidades, en la década de los 90 había gente que todavía estaba con las revanchas, pero tratamos de ser armónicos con la gente que había estado a cargo en la intervención. Yo iba a muchos actos de Economía para mantener los equilibrios y para que se reinstaurara la vida universitaria, igual en Arquitectura donde se había perdido mucha gente.

SM: *¿Y cómo era la atmósfera en los tiempos de la intervención? ¿Cómo se producían los vínculos entre los académicos?*

RS: En una palabra, lo que sucedía era una resistencia, como cuando estaba Francia intervenida y habían grupos de la resistencia; se trataba de resistir hasta que se liberara la Universidad. Tenías que hacer confianza de personas con las que ya habías tenido conocimiento de antes, como académicos. En el DTI yo había conocido a Ramiro Molina, de Medicina, y a Luis Merino, de cuando estudié en Estados Unidos, por ejemplo. Uno tenía confianza de que eran personas que habían luchado siempre por cosas académicas, sabiendo que la Universidad estaba intervenida. De hecho, yo no hablaba por teléfono en esa época porque estaban intervenidos, entonces en todas las reuniones decía “voy a este”, porque todos sabíamos que el Decano podía tener escuchas, porque era así el sistema.

SM: *Me imagino que las relaciones con los rectores delegados no deben haber sido fluidas.*

RS: Al principio eran unos oficios horribles. A mí me sucedió que llegó un “oficio confidencial”, estos se los mandaban al Decano, eran una suerte de oficios secretos, al estilo militar. El decano Anguita me había pedido que fuera vicedecano, y yo le pregunté a mi señora porque sabía que era mucho trabajo. Ella estuvo de acuerdo, y el día que fui a responderle estábamos en la oficina del decano y entró la secretaria entregándole ese famoso oficio, que por cierto no era universitario sino militar. No decían “Señor Decano me permito informarle” sino mandatos: “Le informo a usted que el señor Saragoni, como vicedecano, ha sido rechazado porque junto con otros dos mil traidores a la patria firmaron una carta para que se viera el caso de los desaparecidos”. De eso yo ya no me acordaba, yo firmé tantas cartas. Así eran las cosas.

SM: *¿Habrán quedado registro de esos oficios?*

RS: Eran confidenciales, tendrán que estar en algún lado. Eran oficios mimeografiados, pues no había la posibilidad de fotocopia ni nada de eso. Hay que buscarlos, hubo muchos años de esos oficios, tantos que el director de nuestro departamento, que estaba intervenido, como eran tan horribles los que le llegaban ni siquiera los mencionaba. Yo los conocí por mi cargo académico, pero no se botaban, tienen que estar archivados.

SM: *¿Cómo reaccionaste cuando el decano te leyó el oficio?*

RS: Yo no podía mencionar el oficio porque no era a nombre mío y era confidencial. Los colegas nunca entendieron por qué no había querido ser vicedecano y mucho tiempo después les conté, no lo podía comentar porque el decano me lo había mostrado para que lo viera, pero no podía difundir lo que había pasado. Esa era la atmósfera, recuerdo

que recién ocurrido el Golpe el decano –Augusto León– citó a una reunión, y al rato, a la media hora, llegaron de la DINA a disolverla, ¡y era una reunión académica!

SM: *Fueron experiencias de represión interna muy fuertes...*

RS: Sí, pero de algún modo lo recordamos con cierto cariño porque se formaron todas estas amistades y estas redes, nadie sabía cómo iba a terminar este cuento. Incluso había gente del Gobierno que se lamentaba que se llamara Universidad de Chile, pues no la podían hacer desaparecer por el nombre. También sucedió que algunos de estos rectores llegaban muy militares y salían un poco civiles². Una vez, en rebeldía le mandamos una carta al decano y nos llegó un oficio del rector dando instrucciones de cómo se debían hacer las elecciones de directores de departamento. Hubo, claro, épocas distintas, cuando estaba Roberto Soto ya no llegaban esos oficios, pero al comienzo cuando estaba Toro Dávila eran comunes. Pero el mismo Toro Dávila se fue involucrando, hizo mucho por la Universidad, pese a toda esta intervención: consiguió todos estos edificios de la Torre 15, de la FEN...

SM: *¿Fue teniendo sentido de Universidad?*

RS: Yo pienso que eso se dio por esa transversalidad tan rara que tenía, y tiene la Universidad de Chile –donde coexisten todos los sectores–, eso influyó mucho. Cuando llegó el Gobierno militar, había un sector de la Universidad que era partidario del Golpe, ellos trataron de defenderla a su manera; a su manera no se olvidaron del cuento de la Universidad. Pese a que tenían muchas cosas en contra, porque pensaban que el Gobierno de la Unidad Popular se había fraguado ideológicamente en ella, entonces ahí se dio la revancha, aunque no perdieron la identidad con la Universidad de Chile.

SM: *Pero, me imagino que la amputación de las sedes regionales y del Pedagógico fueron pérdidas y heridas a la identidad nacional y republicana que, hasta ese entonces, enarbolaba la Universidad.*

RS: Bueno, lo del Pedagógico fue y sigue siendo una pérdida, ahí hubo un tema ideológico muy fuerte. Cuando retornamos a la democracia, yo fui partidario de que el Pedagógico volviera a la Universidad, pero había corrientes que no lo querían. Una de las grandes discusiones con la FECH, en esos años, era porque ellos deseaban que volviera el Pedagógico, pero un sector de la Universidad no quería. Lo de las sedes regionales fue otra cosa. Las sedes de la Serena y de Valparaíso eran muy buenas, salvo algunos pocos, sintieron lo de las sedes regionales. En cambio, el Pedagógico era algo distinto, lo tenían como “cuna de extremistas” y primó lamentablemente ese criterio, por sobre el tema de la importancia de la educación.

2. Los rectores militares, llamados “rectores delegados” fueron los generales: César Ruiz Danyau (1973-75, FACH); Agustín Rodríguez Pulgar (1975, FACH); Julio Tapia Falk (1975-76, Coronel de la FACH); Agustín Toro Dávila (1976-79, Ejército); Alejandro Medina Lois (1980-82, Ejército); Roberto Soto Mackenney (1982-87); luego, los rectores civiles designados: José Luis Federici Rojas (1987) y Juan de Dios Vial Larrain (1987-90).

Las sedes regionales correspondieron a una etapa en expansión de la Universidad, que no alcanzamos a experimentar completamente. Como dije, había sedes muy bien desarrolladas, como la de Valparaíso, y un poco más incipientes como La Serena. Otras sedes estaban muy en pañales. Se hicieron cosas muy importantes en ellas, por ejemplo, las famosas orquestas juveniles eran de La Serena. Pero hay que considerar que la gente de las regiones tenía su idea de recuperar esas sedes para ellos, volver la Universidad a los de Valparaíso, a los de La Serena. Ahí la Universidad perdió el carácter nacional. Después elaboramos la idea de que había que definirla como de pensamiento nacional, pero no de cobertura nacional. Yo diría que eso la afectó mucho, porque si no hubiera perdido las sedes tendría una importancia mayor, tendría cobertura territorial, nacional. Eso se había logrado, pero todavía en estado incipiente cuando llegó la intervención. Ahí se produjo el desmembramiento, se las fusionó con sedes de la USACH, y también fue muy evidente que primó en las regiones el carácter regional más que nacional. Se mezclaron los factores, y también, como hubo reducciones importantes de presupuesto, la gente empezó a ver que iba a tener que repartir su poca plata con más y eso era demasiado peso.

SM: *Volvamos a la Asociación de Académicos, tuvo logros importantes durante la intervención.*

RS: Algo importante es que las acciones venían desde la base, y eso fue la gracia, porque las cabezas estaban intervenidas, los decanos eran controlados por la Fuerzas Armadas. Con más o menos suerte esas cabezas apoyaban o venían con criterios de revancha. Yo creo que partimos el año 1983, recuerdo que fue después de que un grupo de académicos le dimos el apoyo a Rodolfo Seguel que representaba a los mineros de El Teniente, fue un acto espontáneo, nos reunimos y le dimos ese voto de apoyo, sin protección, en una asamblea. Pero, antes estaba la Asociación Andrés Bello, ahí estaba Pancho Brugnoli, Sergio Jara, Lucho Izquierdo que la presidía, pero yo no alcancé a estar en ese período porque fue justo después del Golpe. La Asociación de Académicos duró hasta que llegó la democracia, ya las banderas no tenían sentido, y muchos de quienes estaban en la Asociación llegaron a los decanatos y empezó la recuperación de los cargos y con ello la recuperación de la Universidad. Los registros de nuestra actuación no son demasiados porque en esa época se funcionaba con declaraciones, espacios en la radio, a través de la Radio Cooperativa, muchos dando entrevistas, haciendo actos dentro de lo que se podía...

SM: *Una constante a lo largo de la historia de nuestra Universidad ha sido el defenderla y luchar por cambios que la sitúen dentro del contexto de las transformaciones del momento.*

RS: En el tiempo de la intervención estaba el espíritu académico, nadie tenía intereses más allá, era un acto medio romántico, cada uno tenía su cariño a la Universidad y la estaba defendiendo sin saber qué iba a pasar. La Universidad ha pasado por crisis grandes. Mi madre estudiaba Leyes y antiguamente la Escuela de Derecho estaba en la Casa Central, yo era muy niño y ella me contaba que le tocó el baleo previo a la matanza del Seguro Obrero. Las ametralladoras estaban arriba de la Casa Central y —ella me contaba— era impresionante, que estaban todos los heridos tirados en el patio del hall de la Casa Central. Después, leyendo la historia con más cuidado, en realidad ahí mataron a un carabinero, antes que los sacaran y se rindieran. Los llevaron al Seguro Obrero y

ahí dieron la orden de matarlos, cuando ya se habían rendido, y por eso causó tanto revuelo. ¡La Universidad de Chile siempre ha estado metida en el meollo mismo de las contingencias del país!

SM: *Eso es parte de una historia que se transmite a través de las generaciones de académicos y estudiantes de la Universidad de Chile.*

RS: Sí, es una historia que viene muy de atrás. A cada generación le ha tocado sus desafíos. Desde esa perspectiva, cuando Andrés Bello estuvo en Argentina era el encargado de conseguirse los recursos para enviar armas a la Independencia de Chile, es una etapa muy poco conocida, pero en Argentina es conocida. Por eso los rectores desde que partieron habían estado siempre comprometidos y no eran intelectuales neutros. El propio Domeyko era un guerrillero en su país y comprometido políticamente.

SM: *¿Cómo evalúa sus vivencias como académico comprometido con la institución de cara a los 170 años que cumple nuestra Universidad?*

RS: A nosotros en Ingeniería nos tocó una etapa, quizás Biología partió antes, relacionada con la transversalidad y que se relaciona con la época de la Reforma, yo entré en 1968, y en el 67 aparecieron –algo que ahora es difícil de entender– los profesores de jornada completa. En la Escuela de Ingeniería, en los años 50, el decano tenía una casa en el edificio de Beauchef y por el otro lado la tenía el inspector. Eran las únicas personas de la Universidad de Chile que vivían en su facultad –el inspector era Nicanor Parra– junto al jardinero. Todos los profesores eran de jornada parcial, había una secretaria que administraba las clases y los horarios. Por el año 1966 aparecieron los profesores de jornada completa, y eso cambió la fisonomía de lo que era la Universidad. Hoy día hay una lucha por la carrera académica y la defendemos mucho porque está hablando de la calidad.

Nosotros tuvimos que hacer grandes sacrificios, obviamente, pero conociendo la historia completa, hay gente que lo pasó mucho peor, lo nuestro fue una historia muy heroica pero viendo la totalidad hay gente que lo pasó muy mal. Lo más grato es haber colaborado a que la Universidad no hubiera sido destruida más. Para mí es la gran satisfacción sabiendo que quedamos muy heridos.

SM: *¿Y el futuro de la Universidad?*

RS: La continuidad de nuestra Universidad está dada en que la generación que venga sea mejor que la anterior, ese es mi deseo como profesor. Todo maestro debe tener el anhelo que sus discípulos sean mejores, y eso es lo que ha llevado a la Universidad a estar dentro de las 200 del mundo y estoy seguro que va a llegar más lejos aun. Si pensamos en los 170 años que cumplimos yo soy muy optimista. Siempre, es parte de los académicos pensar en cómo se puede salir de los problemas y mirar para adelante; no quedarse anclado, pero tampoco olvidar la historia. El Campus Juan Gómez Millas fue diezmado, y todos lo sentimos y tratamos de restaurar. Ahora con el Proyecto Bicentenario las cosas estarán cada día mejor, va a cambiar completamente.

A cada uno le toca vivir lo suyo. Lo que se necesita es decir las cosas como fueron y proyectarnos, por eso tengo la absoluta esperanza de que los que vienen serán mejores que nosotros.